

WHAT'S IN A NAME?



Cristián Rodríguez

Shakespeare hizo famosa la frase que encabeza este artículo y que tiene la forma de una interrogación: ¿Qué hay en el nombre de las cosas? Y Shakespeare sabía algo de nombres y palabras.

El nombre de una cosa y de las personas ejerce una extraña fascinación. Se han fundado grandes sistemas filosóficos que tienen como única base la magia de un nombre. Mucha parte de la fama que cobraron las ideas de cierto pensador hindú se debió a lo sonoro de su nombre. Nos referimos al swami Vivekananda. Otro tanto puede decirse de Aurobindo. Esos nombres son auténticos. No así el que adoptó un escritor inglés, el yogi Ramacharaca que escribió sobre filosofía india y a cuya influencia se debió en gran parte la introducción en Occidente de las prácticas de meditación y ejercicios mentales que se conocen con el nombre genérico de Yoga. El lector esperará que nosotros, enemigos del misticismo, nos dispáremos contra el Yoga. Pero el Yoga no es tan místico como parece y es en gran parte aplicación de observaciones psicológicas bien conocidas. Por supuesto que la interpretación que algunos le dan al "Conócete a ti mismo", que se atribuye a Sócrates, por que lo menciona en la Apología, es mística. El consejo no lo inventó Sócrates sino que lo tomó de los "Misterios". Benjamin Franklin, como buen yanqui, le dio una interpretación práctica, que consistía en espulgarse el alma todas las noches, antes de acostarse, pa-

ra ver qué errores morales había cometido en el día y así poder corregirlos. La interpretación mística es por supuesto inaceptable para una persona que prefiere los conocimientos científicos al simple deporte de dar rienda suelta a la Loca de la Casa, la Imaginación. La interpretación mística consiste en creer que si la meditación se concentra en un fantasma que llaman el Yo o "Ego" (que es el pronombre personal en latín), como el Universo tiene perfecta unidad y uno es parte del Universo o está en comunión con él, ahondando introspectivamente en el Yo se puede intuir la "esencia" del mundo externo y penetrar en las verdades cuyo esclarecimiento se asigna corrientemente a la Física.

Volviendo a las prácticas del Yoga que aun personas de educación positivista, como Halde-mann, Julius, no vacilan en acoger, consisten en gran parte en romper la asociación de ideas, clavándole un alfiler a un concepto para fijarlo y mantenerlo quieto por un rato, dejando entrar, como por medio de una válvula, sólo las ideas que le son inmediatamente conexas. La práctica es sana en cuanto adiestra la mente para concentrarla en determinada cuestión. Pero cuando se pretende que con ello se enriquece misteriosamente el ideario y pueden descubrirse intuitivamente verdades que la ciencia puede investigar mejor y con resultados más objetivos, todas las maneras de esas prácticas caen por el suelo.

Todo ese discurso que, como diría Cervantes, pudo muy bien haberse excusado, nos ha venido a cuenta, sugerido por la defensa que hace don Alberto F. Cañas, un hombre muy Siglo XXI, de la palabra "vivencia", enemiga nuestra, con la que hace tiempo no nos cruzamos palabra. Creemos

que el éxito maravilloso que ha tenido la "vivencia", palabra inventada por los redactores de la Revista de Occidente, si no por el mismo don José Ortega y Gasset, para traducir el término alemán **Erlebnis**, está en su imprecisión. Y ya que mencionamos a don José, no resistimos a la tentación de transmitir al lector una explicación de la muerte prematura del filósofo español, que nos dio el mismo Beto Cañas. Don José murió de cólera, no de ira, cuando ~~era Carlos~~ lo llamó por alusión al Rey de la Guerra, Carlos V, de ~~la~~ memoria, "Primer Rey de España y Quinto de Alemania".

No vamos a repetir las objeciones que hemos con-
traído contra la "vivencia" incluso la de que nadie sabe lo que quiere decir, aunque todo el mundo la usa. Hasta una persona tan bien ponderada como Donna María Angotta, profesora de latín y de literatura latina en la Universidad, que tiene una extraña debilidad por Séneca y Cicerón, sin ser enemiga de Marcial, ha empleado el término "vivencia" en el Prólogo, por otra parte admirable y repleto de la más sana doctrina filológica, que escribió para su "ANTOLOGÍA DE TEXTOS LATINOS". Citamos el pasaje de-
licuente: "Es imprescindible conocer a fondo el ambiente geográfico, las circunstancias sociales, los valores éticos, religiosos, políticos y estéticos que han alimentado a un autor; es esencial conocer la personalidad de este autor, que ha asimilado la savia de su cultura y la ha transformado en **vivencia** personalísima". Estamos seguros de que Cicerón, buen traductor, no habría empleado el equivalente de vivencia, aún si hubiera tenido que traducir a Dilthey o a Husserl. Después de todo, ¿no fue Cicerón quien dijo que no había habido disparate en el mundo que no hubiera estado en la boca de algún filósofo? Por supuesto, la traducción no habría sido problema para Spinoza, que escribía en sonoro latín macarrónico, o para algún otro de los filósofos del siglo XVII que escribían en latín. Seguramente habría llamado a la vivencia "**erlebnias**".

Debemos agradecer a Donna María la amable dedicatoria que puso al ejemplar de la Antología con que nos obsequió: "A mí más querido y estimado enemigo".